



CARAS Y CARETAS



O creáis que es una querencia a la melancolía, no, pero es el caso que me atraen los camposantos y que en ellos busco lo más íntimo del carácter de un pueblo. Le llamo camposanto, y no cementerio, porque este segundo término, que originariamente significó "dormidero", ha perdido toda significación. En cambio, camposanto... Sobre todo donde, como en esta comarca, está junto a la iglesia, a su amparo, bajo sus alas. Así está el camposanto de Biriatu, así el de Urruña—éste merece mención aparte,—así otros. No este de Hendaya.

El camposanto de Hendaya no está al abrigo de la iglesia, que es una feísima iglesia; está distante de ella. Está en una pendiente, encima de una especie de cala donde entra la marea en sus alzas y que al bajar deja como un fangal, formado en parte por los detritus de la tierra de los muertos; hay en él unos cuantos cipreses que sacude el viento marino de la galerna; en el fondo de la cala está el barrio viejo de Hendaya...

Tañe la mar con quejumbrosa brisa
tus cipreses, pendiente camposanto;
pone el sol entre nubes su sonrisa
sobre tu manto...

tus mármoles son crestas de las olas
que se fijaron en inmoble espuma;
bajo ellas duerme su reposo a solas
¡tristor rezuma!

la gente que pasó, náufraga errante
del paraíso de antes de la vida;
guarda los siglos en un solo instante;
todo lo olvida...

Quando a tus plantas sube la marea
te ofrece espejo palpitante; baja
y el fango es otro espejo y se recrea
con tu escurraja...

Con rayos que hila de su triste entraña
—flotante velo de antes de la cuna—
en ti en las noches una telaraña
teje la Luna...

El Bidasoa su agua dulce meje
con la amargura de la mar materna,

Desde
Hendaya

O.C.
Tomos X

IV. El
camposanto




20 II 1926





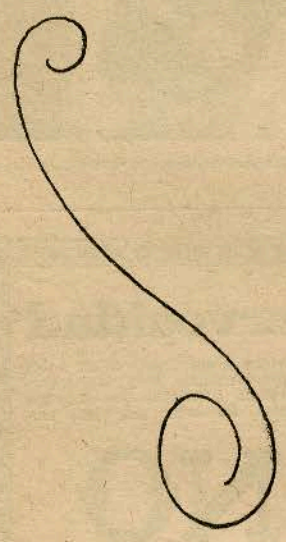
Miguel de Unamuno

de 
Hendaya

hundiéndose en su abismo que protege de la galerna...

El barrio bajo por ventanas mira de tu recinto las cerradas huesas; cuando al caer la noche se retira —sus mentes presas de la fatiga del vivir— repasa de tu heredad la tierra solariega y se siente al amparo de la casa y a ella se pliega...

Yace aquí el pueblo que pasó y se queda mejido al barro que le da sustento; la historia en tanto por el mundo rueda... la lleva el viento...



Sí, el abismo de la mar es el que protege de la galerna al pobre Bidasoa. Para librarse de ella, de la galerna, no tiene el pobre río más que hundirse en el fondo de la mar, mejer la dulzura de sus aguas montañas al amargor del océano. Debajo de las olas de tormenta hay la calma de los abismos. "Nuestras vidas son los ríos—que van a dar en la mar—que es el morir..." Como nuestros huesos van a dar en la tierra.

Viento, y viento de galerna, se está llevando a la historia en esta convulsionada Europa de la tras-guerra. Y allí, en el camposanto de este Hendaya, hace pocos días, en el de difuntos, entre los mármoles que se me antojaban crestas de las olas que se han inmovilizado en espuma, pensaba más que en la paz de los muertos en la guerra de los vivos. No lejos del cementerio está el indispensable monumento a los hijos de Hendaya que murieron en la gran guerra; está cerca de la casa en que vivió y murió Pierre Lotí, el autor de *Ramuntcho*, de quien os diré algo. Y en el camposanto descansan los huesos blancos de esos combatientes. Blancos, sí, porque todos los huesos son blancos. Hasta los de los negros. ¿No se habla de razas de color? ¿Del peligro amarillo? ¿Y hasta del negro? Pero al descansar en la paz de la tierra todos los esqueletos son blancos. Por algo el Apocalipsis, el libro de la Revelación, le hace a la Muerte blanca. Blanca y no negra es la muerte. Sólo que lejos de la luz, enterrada ¿en qué se le conoce la blancura? ¿De qué le sirve?

